

Dificultades y logros: historias de vida de maestras y maestros puertorriqueños en las décadas del 1920 al 1950

*Patricia Álvarez Swihart
Milagros Bravo Vick*

Resumen

El propósito de este estudio fue capturar, mediante entrevistas de historia oral, las voces íntimas y personales de maestros que laboraron en el sistema educativo puertorriqueño durante las décadas del 1920 al 1950 con el fin de documentar la educación desde la perspectiva de quienes la forjaron, conservar sus vivencias y arrojar luz que contribuya a entender los problemas del presente. Los hallazgos indican que los seis maestros y maestras participantes enfrentaron y superaron un sinnúmero de situaciones difíciles en sus vidas cotidianas, trayectorias académicas y quehaceres como maestros. No obstante, supieron valorar las oportunidades que les brindó la vida y aprovecharlas al máximo para luego dar de lo mejor de sí a su profesión y a su pueblo, dejando en ellos huellas indelebles. De ellos aprendemos la necesidad de rescatar y retomar los valores medulares que se han opacado con el materialismo desmedido que domina nuestra sociedad en la actualidad.

Descriptores: historias de vida, historias de maestros, docencia, educación en Puerto Rico

Abstract

The purpose of this study was to record, through oral history interviews, the intimate and personal voices of teachers who worked in Puerto Rico's public schools during the 1920s through the 1950s in order to portray the emerging educational system from the perspective of the persons who forged it, document their experiences, and provide insight on present day problems. The findings indicate that the six participants faced and overcame innumerable difficulties in their daily lives, academic careers, and teaching. Nevertheless, they valued and made the most of the opportunities life offered them and invested the best of their abilities in their people and in their profession, leaving indelible imprints upon them. Their stories teach us the need to recover and reaffirm core values which have been losing ground due to the rampant materialism that dominates our society in this day and age.

Keywords: life stories, teacher's narratives, teaching, education in Puerto Rico

La abundancia material y las oportunidades educativas que disfrutamos en Puerto Rico al umbral del siglo veintiuno contrastan marcadamente con las condiciones existentes en la isla durante la primera mitad del pasado siglo. La rápida transformación socioeconómica y la masificación escolar que experimentó Puerto Rico a partir de la década del 1950, cuando la industrialización hizo a un lado la tradicional economía y redistribuyó la población del país a áreas urbanas, ha opacado el pasado. Generaciones actuales desconocen y difícilmente pueden imaginar las realidades de la vida cotidiana de nuestros antepasados¹—la magnitud de la pobreza, el analfabetismo, la carestía material y educativa que imperaba. La educación ha sido una de las instituciones que ha contribuido grandemente a la formación del Puerto Rico del presente, y el desarrollo del sistema de educación pública y la alfabetización de los puertorriqueños figuran entre los principales logros alcanzados en Puerto Rico durante el siglo veinte (López Yustos, 1992). Los maestros que laboraron a lo largo de las primeras cinco décadas del siglo fueron los pilares de estos logros, héroes anónimos en el proceso de transformación por el que atravesó nuestra isla. Enfrentaron y superaron un sinnúmero de situaciones difíciles en sus vidas cotidianas, en sus trayectorias académicas y en sus quehaceres como maestros.

Hoy día, cuando proliferan las escuelas privadas y la educación superior está al alcance de casi todos los puertorriqueños, damos por sentado que la educación es un derecho y nos es difícil entender que hace apenas cincuenta años la educación era un privilegio reservado para unos pocos. La educación formal en Puerto Rico comenzó durante la dominación española, sin embargo fueron mínimos los esfuerzos por escolarizar al país durante esos cuatro siglos. “Los [años] más fructíferos en materia educativa” fueron los últimos veinte años del siglo diecinueve; pero, “los resultados netos fueron más bien modestos” y los “adelantos educativos se concentraron en San Juan” (López Yustos, 1992, p. 76). La educación que se ofrecía era mayormente primaria y no alcanzó a la población en general, 85% de la cual vivía en áreas rurales y en condiciones de extrema pobreza (Torres González, 2002). En el 1898, año en que termina la dominación española y comienza la ocupación estadounidense, habían apenas 25,644 estudiantes en las escuelas de Puerto Rico y el analfabetismo en la isla rondaba entre 80% y 84% (López Yustos, 1992; Torres González, 2002).

La educación pública como sistema que abarca toda la isla tiene sus orígenes en la ocupación estadounidense de Puerto Rico. Los norteamericanos, desde su llegada, mostraron gran interés por la educación de los puertorriqueños y una de sus prioridades fue organizar un sistema universal de educación pública. Si bien el sistema de educación que implantaron fue un “aparato educativo colonial” (Torres González, 2002, p. 84) y puntal

principal en su programa de angloamericanización en Puerto Rico (Figueroa, 1977; Torres González, 2002), por primera vez hay un esfuerzo concertado dirigido a escolarizar al pueblo. Sin embargo, a pesar de la prioridad que se le dio durante la primera mitad del siglo veinte, la educación se mantuvo al alcance de un limitado número de jóvenes privilegiados, mayormente habitantes de zonas urbanas, y eran pocos los niños de cunas humildes que lograban educarse.

Aún así, los avances en el desarrollo del sistema educativo fueron tan significativos durante el primer cuarto de siglo que Samuel McCune Lindsay, segundo Comisionado de Instrucción de Puerto Rico (1902-1904), en el 1925 describía el incipiente sistema como “la maravilla del siglo” (Osuna, 1949, p. 598). Cabe destacar que en ese momento menos del 50% de los niños de edad escolar asistían a la escuela y más del 80% de esos estudiantes abandonaban la escuela antes del cuarto grado, según un estudio de la educación en Puerto Rico realizado por el Teacher’s College de la Universidad de Columbia en el 1925 (citado en Torres González, 2002).

Durante las décadas del 1920 al 1950 el sistema educativo en Puerto Rico continuó experimentando grandes transformaciones y se expandió hasta alcanzar a todos los niveles socioeconómicos, no solamente a los más aventajados (López Yustos, 1997). La matrícula de niños de edad escolar aumentó de 8% en el 1899 a 47.7% en 1940 (Torres González, 2002) y, como consecuencia de la masificación escolar ocurrida a principios de la década del 50, esta cifra aumentó a 79.8% en el 1956 (Departamento de Instrucción Pública, 1956-57, en López Yustos, 1992). En este contexto histórico se educaron y brindaron sus servicios docentes los maestros que fueron el foco de este estudio y es en este contexto histórico que se enmarcan sus vivencias.

La historia de la educación en Puerto Rico se ha escrito desde diversas perspectivas, pero pocas veces se ha presentado la voz de los maestros que fueron protagonistas del proceso. La reconstrucción histórica de la educación, basada principalmente en documentación escrita, funde la presencia de las personas que laboraron en el sistema en una presencia colectiva y anónima. Por tal razón, y como resultado de una conversación con el Dr. Eduardo Rivera Medina, pasado decano de Asuntos Académicos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, la Dra. Milagros Bravo Vick promovió el desarrollo de un estudio y reclutó estudiantes graduados de la Facultad de Educación,² a lo largo de varios semestres, para capturar, mediante entrevistas de historia oral, las voces íntimas y personales de maestros que laboraron en el sistema educativo durante las décadas del 1920 al 1950 con el fin de documentar la educación desde la perspectiva de quienes la forjaron, conservar sus vivencias y arrojar luz que contribuya a entender los problemas del presente.

Aunque los testimonios orales se utilizan desde tiempos remotos para conocer acerca del pasado, en la investigación educativa durante mucho tiempo se ha relegado la oralidad para privilegiar el estudio de corte científico y cuantitativo. Es en décadas recientes que se adoptan modalidades de investigación y reconstrucción histórica de corte cualitativo provenientes de la antropología, la sociología y la historia (Bogdan, R.C. & Blikien, S.K., 1982; Creswell, J.W., 2002). La historia oral es una de las estrategias de investigación que ha ido tomando auge (Yow, 1994). Trabajos recientes de Rosa Nelly Ramírez (2000), *Dra. Juanita Méndez: Historia de vida de ancianidad exitosa y sabiduría*, y de Anaida Pascual Morán, Anita Yudkin Suliveres y Roamé Torres González (2004), *Memorias que educan: Juana A. Méndez y José Ferrer Canales—Hilvanado historias de nuestra escuela*, reflejan esta tendencia.

Como ya se ha señalado, durante la primera mitad del siglo veinte ocurrieron grandes cambios en el sistema de educación en Puerto Rico. Como toda transformación conllevó enfrentar problemas y buscar soluciones creativas. En la actualidad nuestro sistema educativo también enfrenta grandes retos y transformaciones. Esta vez no se trata de una expansión en términos cuantitativos sino un cambio de naturaleza cualitativa. El conocer cómo las personas que vivieron transformaciones en el pasado se enfrentaron a las mismas puede ayudar al magisterio del presente a poner su quehacer actual en perspectiva y aprender de quienes le precedieron.

Los cuestionamientos que guiaron el estudio de estas vivencias son las siguientes: ¿Qué factores contribuyeron a que pudieran educarse las personas entrevistadas? ¿Cómo era la vida cotidiana y escolar durante la primera mitad del siglo veinte? ¿Qué situaciones y dificultades confrontaron estas personas en las siguientes tres etapas de vida: su experiencia como alumnos en la escuela elemental y secundaria, sus estudios de preparación para el magisterio y su quehacer como maestros? ¿Cómo solucionaron los problemas que enfrentaron?

Este es un estudio descriptivo de naturaleza cualitativa que utiliza un diseño narrativo (Creswell, 2002). Como se señalara previamente, el método básico utilizado fue la entrevista de historia oral basada en preguntas abiertas que instaban a la persona a rememorar y reflexionar acerca de sus experiencias, enfocando tres etapas claves en su vida: sus experiencias como alumnos, sus estudios de preparación para el magisterio y sus quehaceres como maestros. Luego de identificar a participantes potenciales, se obtuvo su consentimiento informado. Se les explicó el propósito del estudio, se auscultó su interés en participar en el mismo y se solicitó que firmaran un acuerdo de participación y grabación. Cada participante se entrevistó en una fecha y lugar de su conveniencia. El análisis de los datos se realizó siguiendo

procedimientos propios de análisis cualitativos. Luego de transcribir las entrevistas, éstas se leyeron varias veces para identificar patrones en las mismas y se procedió a clasificar los trozos de información y ubicarlos en categorías de naturaleza inductiva y deductiva. Estas categorías y trozos de información se organizaron luego a base de las preguntas de investigación y se seleccionaron los trozos que mejor representan los hallazgos derivados del análisis para su inclusión en la divulgación de los mismos.

Los participantes del estudio fueron cinco maestras y un maestro³ quienes laboraron en el sistema de educación pública de Puerto Rico durante las décadas del 20 al 50. Cinco de los participantes se identificaron en la *Égida del Maestro* y una participante se contactó por medio de sus familiares. Al momento de las entrevistas (noviembre de 1998), sus edades fluctuaban entre 81 y 96 años. Cuatro de los seis maestros nacieron en la primera década del siglo veinte y dos nacieron en la segunda. Ingresaron a la Universidad de Puerto Rico a partir del 1920. Una completó un programa para maestros rurales, tres terminaron el curso normal de dos años y dos hicieron bachilleratos. Todos continuaron estudiando y eventualmente los que no tenían bachilleratos los completaron y dos completaron maestrías en supervisión. Sus años de servicio en el sistema público se extendieron desde el 1922 hasta principios de la década del 60.

Estos seis maestros pertenecen a las primeras generaciones puertorriqueñas que tuvieron acceso a una educación pública completa desde primer grado hasta estudios universitarios y sus historias pintan un cuadro de la vida cotidiana y escolar puertorriqueña durante la primera mitad del siglo veinte. En sus narraciones se destacan las adversidades que enfrentaron y superaron, primeramente para educarse y luego en su desempeño como maestros. Tres factores principales hicieron posible que ellos recibieran una educación: la ubicación de sus viviendas, la situación socioeconómica de sus familias y el apoyo que recibieron de sus familiares.

Durante los primeros años del siglo veinte, la mayoría de las escuelas estaban localizadas en zonas urbanas. No todos los barrios tenían escuelas y, si las tenían, se limitaban a los primeros dos o tres grados. Por lo tanto, solamente los niños que residían en zonas urbanas o a una distancia razonable de las mismas tenían posibilidades de obtener una educación más allá de los primeros grados. Cuatro de los participantes de este estudio vivían en áreas urbanas, una residía a un kilómetro del pueblo y la casa de la otra quedaba a cuatro kilómetros del pueblo. Los primeros cuatro tuvieron fácil acceso a la escuela. Dice una de las maestras, “La escuela quedaba al lado de mi casa.” Dice otra, “Era cruzar una esquina y nada más.”

Don Álvaro Soto⁴ reconoce que pudo estudiar ya que su familia se mudó al pueblo. Sin embargo, tuvo que viajar hasta un pueblo aledaño para

seguir estudios de secundaria. Como veremos más adelante, la situación económica de su familia le permitió cubrir los gastos que eso conllevó. El expresó lo siguiente:

Afortunadamente, la familia se muda hacia el pueblo. Nosotros vivíamos en la playa, en Guayanés, en Yabucoa. La familia se muda hacia el pueblo cuando yo tenía seis años y empecé la escuela elemental, seis a siete, hasta que me gradué de octavo grado. Después, hice el noveno grado en Yabucoa, pero el resto de la escuela superior tuve que ir a hacer a Humacao porque en Yabucoa no había escuela superior.

En el caso de Doña Ana Colón, su padre fabricó dos salones en su finca para facilitar la educación primaria de sus hijos. Nos dice ella, “Mi papá había hecho dos salones en la finquita que nosotros vivíamos para que nosotros no tuviéramos que ir al pueblo, que estaba distante un kilómetro, y allí pudiéramos tener nuestra educación por lo menos hasta cuarto grado.”

Doña Elsa Díaz, quien vivía a varios kilómetros del pueblo, de primera intención no pudo asistir a la escuela porque la más cercana quedaba demasiado distante de su hogar. Pudo estudiar, sin embargo, cuando abrieron una escuela cerca de su casa. En sus palabras:

Yo quería ir a la escuela. Pero, yo era un poco más débil que [su hermana] y por eso mi mamá no me mandó a Humacao a caminar esos kilómetros por la mañana y por la tarde....Entonces establecieron una escuela en una finca cercana a casa.... Por eso me mandaron a la escuela cuando tenía ocho años.

En una época donde imperaba la pobreza extrema, las familias de todos los participantes estaban relativamente bien económicamente. Aún así, en sus relatos se destacan las vicisitudes que enfrentaron y los sacrificios que hicieron ellos y sus familiares para que pudiesen educarse. Explica Don Álvaro que su padre tenía buenos ingresos. “En Yabucoa para esa época, los maestros ganaban sesenta pesos. Papá se ganaba cincuenta dólares semanales que eran doscientos al mes.” Aún así, su familia no pudo costear sus estudios universitarios hasta que su hermana terminara los suyos. Relata Don Álvaro, “Tuve que esperar cuatro años para ir a estudiar a la Universidad porque mi hermana estaba para esa época en la Universidad y no era posible tener dos en la Universidad.” Doña Ana asevera que su familia era “de mediana condición económica y social” y esto lo evidencia el hecho de que su padre tuvo los medios para construir una escuela en su finca. No obstante, al igual que el padre de Don Álvaro, se le hizo difícil pagar los estudios universitarios a su hija en la década del 30. Explica Doña Ana:

Yo fui a la Universidad a normal porque era lo más rápido que se salía....Mi papá tenía comercio y la situación, era una crisis lo que había, y... mi mamá me dijo, “¿Qué tú crees de coger dos años y después si se puede estudias más?”

El padre de Doña Elsa tuvo varias fincas durante su niñez, una de ellas de cuatrocientas cuerdas, y trabajaba además en una central azucarera. Siendo ella adolescente, su padre construyó una casa en el pueblo de Humacao. No obstante, al recordar su juventud, en todo momento Doña Elsa destaca la pobreza y sufrimientos por los que pasó su familia y lo difícil de sus vidas. Sus elocuentes palabras pintan un vivo cuadro de la vida cotidiana durante la segunda década del siglo veinte y, en vista de que su familia era una de las más afortunadas, nos lleva a reflexionar sobre la vida de los miles de familias menos afortunadas que no tenían ni sombra de las ventajas que tenía la familia de Doña Elsa. Así describe ella la vida en su hogar:

En la niñez sufrí mucho por la pobreza, la miseria que existía en la época en que yo nací...Mi papá tenía finquita y vivíamos a la orilla de un río...y había hicoteas, había camarones, había buruquenas. Eso nos ayudaba a la alimentación....Mi papá era un hombre trabajador. Trabajaba la tierra, trabajaba en la central, en las centrales, y era un hombre bien trabajador y el sostenía su familia. Nosotros bajo la pobreza, porque antes no había circulación de dinero, el dinerito que cogía cuando trabajaba en la central.

Explica Doña Elsa que el dinero que ganaba su padre en la central lo utilizaba “para comprar lo que no se producía en la finca. Algunos cereales, la carne. Se comía carne de res, una vez a la semana, los domingos.” Consumían carne de cerdo y pollo con más frecuencia ya que, relata ella, “Mi mamá... tenía muchas gallinas. Había cerdos y en casa se mataba el cerdo y la carne se conservaba.” También sembraban frutos menores para su consumo y para vender. Cuatro agregados vivían en la finca y ayudaban en el cultivo de la misma. Narra Doña Elsa:

La finca era como de 400 cuerdas en aquella época y en esa finca había frutas de todas clases y se sembraba y mi papá tenía cuatro, le llamaban, agregados, que le pedían permiso a papá para vivir en la finca. Ellos sembraban y lo que cosechaban le daban casi lo mejor a papá y a mamá... Mi mamá tenía una hortaliza siempre alrededor de la casa, un huerto. Y en ese huerto, yo me acuerdo que había lechuga, repollo. Ella los cultivaba. Tomate no faltaba,

distintas clases de tomate, berenjena, resbaloso—yo le digo a los quimbombó.

A pesar de su afluencia, para pagar los estudios de Doña Elsa, sus padres tuvieron que alquilar la casa del pueblo. Narra ella:

Para yo poder ir a estudiar desocuparon la casa donde vivíamos. Mi mamá se fue a la finca. Mi papá se fue a vivir con el hijo mayor que ya tenía comercio...y alquilaron la casa para que yo pudiera pagar, para pagarme, el hospedaje de Río Piedras que costaba \$20.00. Alquilaron la casa de vivienda en \$25.00.

Solamente una de las participantes, Doña Amelia Baella, reconoce la afluencia de su familia. Se expresa de esta manera:

Eramos pudientes, mi papá tenía negocios y vivíamos muy bien. Tenía servicio. ... Él tenía cuanta cosa se le presentaba. Él compraba casas pa' venderlas. Él tenía, compró una panadería chiquita. Él la compró y la hizo grande y ahí hizo una, como una para dulces, y después puso un cafetín grande, un comercio completo, de todo, y vivimos completamente.

Es Doña Alicia Vélez quien pone en perspectiva, hasta cierto punto, la situación económica de esa época. Asevera ella, "En relación a la familia, éramos pobres porque eso era la mayoría de la gente en Puerto Rico para esa época. Pobres y clase media. No habían muchos ricos." Pero sí existía una enorme clase baja que abarcaba a la gran mayoría de la población y estos individuos subsistían a unos niveles de pobreza extrema. Esta miseria no la vivieron en carne propia los maestros entrevistados, aunque algunos la palparon a través de sus estudiantes.

Los recuerdos de Doña Amelia resaltan el hecho de que durante las primeras cuatro décadas del siglo veinte, solamente se educaban niños de familias de la clase media o alta que tenían recursos para invertir en la educación de sus hijos. En palabras de Doña Amelia:

[Muchos] no podían ir a *high* porque uno tenía que pagar cuando se matriculaba pa' la *high*. Total na'. Dos pesos. Pero había muchachos que no tenían ni medio peso, ¿ves? Dos pesos pa' la matrícula. Y después tenían que traer las libretas que no se le daban... Pues imagínate el muchacho se eliminaba porque había mucha pobreza. El que tenía quien lo sostuviera, pues, era así.

Lo cierto es que las cinco maestras y el maestro entrevistados tuvieron ventajas económicas que pocos de su generación tuvieron y este fue el factor determinante para que se educaran.

Otro factor que incidió en que los maestros entrevistados pudieran educarse fue el apoyo incondicional de sus padres y el empeño que tenían en que sus hijos recibieran una educación universitaria. Al igual que en la vida de Doña Juanita Méndez, pese al “ambiente de pobreza, había en la mentalidad de la familia... un deseo de superación” (Ramírez, 2000). Los padres de Doña Elsa alquilaron su casa para pagarle el hospedaje en Río Piedras, pero el compromiso con su educación venía desde antes. Ninguna de sus hermanas mayores asistió a la escuela. Sin embargo, la madre de Doña Elsa se propuso que la suerte de sus dos hijas menores fuera otra a pesar de la oposición de su esposo. Cuenta Doña Elsa, “Mi papá le dijo, ‘Deja esas niñas para que te ayuden.’ Porque... los padres de esa época eran machistas. Machistas. Y mi papá pues, le decía a mi mamá, ‘No mandes esas niñas a la escuela.’” Su madre, sin embargo, fue firme y recuerda Doña Elsa sus palabras, “No, esas dos pequeñas yo las voy a hacer maestras.” Y en palabras de Doña Elsa, “Y nos hizo maestras, ella, *ella*, mi mamá.”

Los padres de Doña Carla Núñez también hicieron grandes sacrificios para educar a sus tres hijas. Su madre se mudó con ellas a Río Piedras para que pudieran estudiar en la Universidad, y su padre permaneció en Humacao. Narra Doña Carla, “Mi mamá dijo, ‘Me las llevo a estudiar a la Universidad.’ Así que decidió cambiarse a vivir en la Universidad. Papá se quedó trabajando y visitábamos, visitábamos. Ella cogió hasta dos pupilos.”

Los cónyuges también aportaron a los logros de los maestros en sus estudios y en sus vidas profesionales. Los respaldaron y apoyaron para que completaran la escuela superior, el bachillerato y, en dos casos, maestrías. Doña Alicia Vélez, quien en el 1922, se hizo maestra a los 16 años con un noveno grado y un año de estudios universitarios, siguió estudiando hasta alcanzar la maestría. Tardó sobre treinta años pero alcanzó la meta que se propuso. Inclusive hizo estudios de maestría en los Estados Unidos. Narra Doña Alicia:

seguía estudiando....Trabajaba medio día ...de *interlocking*. Me iba medio día a la Universidad. Hice mi normal...me gradué de normal en el...cuarenta y ocho. En el cincuenta terminé mi bachillerato y seguí, seguí supervisión y seguí inglés, ... *masters* de inglés. Fui a la Universidad de Illinois.

Por otro lado, al regresar a la escuela luego de quedarse en su casa para criar a sus hijos, para conseguir un trabajo en su pueblo tuvo que aceptar un trabajo temporero en Orocovis, siendo casada, con hijos y residente de Carolina. Explicó que lo hizo con el apoyo de su familia:

Se cuidaban ellos....El menor tenía seis años. Ya estaba en escuela. Pepe se quedaba en casa. Yo vivía...al lado de mi

hermano con la esposa. La esposa me los cuidaba, mi vecina me los cuidaba. Como era antes, tú sabes.

Además del cuadro de pobreza y el deseo de superación que sobresalen en los recuerdos de los seis maestros entrevistados, en sus narraciones abundan las imágenes de la vida cotidiana y escolar durante las primeras décadas del siglo. Sus memorias también describen los primeros pasos en el desarrollo del sistema educativo. En sus palabras quedan retratadas las condiciones de vida, limitaciones y dificultades que impedían que tantos puertorriqueños se educaran. A la vez pintan un cuadro de la generosidad de puertorriqueños quienes compartieron de lo suyo para echar hacia adelante el sistema educativo y por ende el pueblo.

Muchas escuelas rurales surgieron porque individuos cedían terreno o estructuras para escuelas, como lo hizo el padre de Doña Ana. Doña Amelia también hizo alusión a esa práctica. En sus palabras, “Ponían escuelitas en distintos sitios, ¿ves? Donde aparecía una casa o el dueño la daba pa’ una escuela.” Doña Elsa explicó que ella pudo estudiar su primer grado porque un vecino cedió una casa al municipio:

El dueño de la tienda... Él regaló la casa. Al lado de la tienda hizo una casa y la dio al municipio para que estableciera una escuela allí....Eso fue el 1915... Por la mañana [daban] primer grado y segundo por la tarde.

La cita anterior hace alusión a una característica de la escuela pública que duró por más de medio siglo en muchas escuelas: la matrícula doble o alterna. Como había pocas escuelas, unos grupos asistían por la mañana y otros por la tarde. Como resultado, los estudiantes recibían apenas tres o cuatro horas de instrucción al día. Sin embargo, la matrícula doble facilitó que muchos estudiantes cuyos hogares quedaban distantes de la escuela pudiesen estudiar ya que podían almorzar en sus hogares, detalle importante dado que antes no había comedores escolares. Doña Amelia, quien trabajó en una escuela urbana que no tenía matrícula doble, describe la situación de la siguiente manera, “No había comedor escolar. Después fue que vino....Cuando me le apretaba el hambre, cogían, y se iban.”

Cuando Doña Elsa estudió el primer grado, sus clases eran solamente por la mañana y almorzaba al regresar a su hogar. Pero, al transferirse a la escuela urbana, sus padres tuvieron que buscar cómo proveerle almuerzo. Afortunadamente tenían a quienes recurrir. Explica ella:

Cuando pasé a segundo grado me mandaron a Humacao, al pueblo. Íbamos los cuatro varones...mi hermana, y yo. Salíamos de casa seis para la escuela y caminábamos esos kilómetros al pueblo. Mi papá llevaba los sábados mucha vianda a una familia que conocía mi mamá en el pueblo o

la casa de mis hermanas que vivían en Humacao....Nos hacían el almuerzo. Y le dejaba dinero para comprar bacalao y aceite y esas cosas.

La gran mayoría de los niños de las zonas rurales no fueron tan afortunados y sus oportunidades para educarse más allá de los grados primarios eran escasas. Dice Don Álvaro, "La verdad del caso es que los estudiantes que venían del campo eran de las familias que tenían sus fincas y tenían alguna entrada. No todos los que venían del campo podían venir a la escuela."

Las zonas urbanas ostentaban escuelas de ocho grados, pero pocos pueblos tenían escuela superior. En el 1920 había doce escuelas superiores en la isla, incluyendo la de la Universidad. En el año académico 1945-46, este número había aumentado a 43 escuelas superiores completas y otras once incompletas, o sea que ofrecían solamente uno o dos años de escuela superior (Osuna, 1949). Más de una tercera parte de los municipios aún carecían de escuela superior.

Don Álvaro Soto y Doña Ana Colón vivieron la experiencia de tener que viajar hasta otro pueblo para continuar estudios secundarios. Doña Ana tuvo que viajar de Aguas Buenas a Caguas para estudiar la escuela superior y para completar un curso que le faltaba para obtener su diploma de elemental ya que su pueblo no tenía las facilidades para ofrecerlo. En sus palabras:

Como íbamos a Caguas con ese requisito de graduación,...en Caguas teníamos que coger la...economía doméstica de la escuela, de la escuela intermedia...En Aguas Buenas no había facilidades...Tuve que ir a la Lincoln, la escuela Lincoln, que es de elemental, a cogerla. Que supuestamente debí coger en Aguas Buenas.

Doña Ana explica que los costos de viaje y almuerzo que conllevaba estudiar en otro pueblo ponían la educación secundaria fuera del alcance de la gran mayoría de los estudiantes de su pueblo. Por otro lado, el viaje era difícil y tedioso. En esa época tenían que cruzar las aguas de un río ya que no había un puente que lo cruzara y cuando llovía la corriente crecía y tardaba horas en bajar. Ella lo explica de la siguiente manera:

Íbamos pocos porque había que pagar el carro que nos llevaba. Había que pagar almuerzo. El chofer...era un señor que tenía un carro grande que...hacía diez estudiantes...Diez estudiantes era los que íbamos a Caguas. Entonces por la tarde regresábamos a la salida, la salida para Aguas Buenas y allí cogíamos una guagua pública para Aguas Buenas. Entonces no había puente y cuando...llovía, había veces que llegábamos a nuestras casas a las nueve de la noche.

La falta de materiales fue otro de los problemas que afectó a los maestros entrevistados en su vida de estudiantes. Según se desprende de sus testimonios, mientras estudiaban en la escuela elemental, la escuela les proveía libros. Pero en la escuela superior y en la Universidad los tenían que comprar. Afirma Doña Elsa, “En la elemental nos daban los libros.” Recuerda Doña Alicia lo siguiente sobre sus años de escuela elemental en la década del 1910:

Nos daban hasta los materiales y textos y aún siendo tan pobre el presupuesto de Puerto Rico. En la escuela elemental había en el patio machinas, había tablas resbalosas, había columpios, había cancha de baloncesto. Había medios de recreación que ahora no los hay. Ahora no los hay en las escuelas.... Nos proporcionaban todo: lápices, papel, cajas de pintura para pintar. Todas las clases tenían libros de texto.

Doña Amelia, contemporánea de Doña Alicia, recuerda que, aunque la escuela proveía libros, ellos compraban sus libretas, “Las libretas las teníamos que comprar nosotros.... Y tanto que escribía.” Recuerda también que en ocasiones “la maestra...compraba libretas y sacaba las páginas y nos las daba.” Pero al terminar la escuela elemental, asevera Doña Amelia, “Teníamos que comprar libros. Teníamos que comprarlos. Enseguida que tú te graduabas de octavo grado, que ibas a la *high*, tenías que comprar los libros.” Doña Elsa también tuvo que adquirir sus libros en sus años de escuela superior y trabajaba para ganar el dinero para ello. Narra ella:

En la escuela superior había que comprar los libros, sin dinero, y había que comprar los libros.... El gobierno no daba los libros....La enseñanza era gratuita, pero los libros había que comprarlos...Yo era una que algunas veces no los podía comprar. Yo cogía prestado... [o] si una amiga tenía el libro...estudiaba con ella.

Sobre la situación de los libros en la Universidad, Doña Amelia indica que, “El que podía comprarlos, los compraba. El que no, se iba a la biblioteca de noche o antes de entrar y ahí estudiaba.” Por su parte, ella compraba los libros y a menudo se los prestaba a sus compañeros ya que ella podía utilizar los libros de sus compañeras de hospedaje en el Pensionado Católico. Explica ella, “Le prestaba el libro porque en el Pensionado habían otras que tenían el libro y yo le prestaba los libros y estudiaba con ellas. ¿Ves? Así era como compartíamos.”

Doña Carla, cuya madre se mudó a Río Piedras para que sus hijas pudieran estudiar en la Universidad, expresó lo siguiente cuando habló sobre sus años universitarios:

Yo pase por mucho como estudiante, porque...no teníamos mucho dinero.... Como yo era más rápida, que cogía las cosas más rápida en la Universidad, pues, le compraban los libros a los otros y a mí no....Los libros míos no aparecían. Yo estudiaba con algunos...de mis compañeros...porque no había chavos.

En vista de que eran pocos los individuos que llegaban hasta la escuela superior y menos aún a la Universidad, se producían pocos maestros en la isla y la escasez de maestros fue uno de los problemas principales que enfrentó la educación en el siglo veinte. Aunque las primeras leyes escolares de Puerto Rico bajo el régimen estadounidense establecieron los requisitos para los maestros de todos los niveles, no se pudieron implantar porque no había suficientes maestros con las debidas credenciales (Gómez Tejera y Cruz López, 1972). Esto fomentó la creación, en 1900, de la Escuela Normal para la preparación de maestros, núcleo que dio origen a la Universidad de Puerto Rico en el 1903 (Gómez Tejera y Cruz López, 1972; López Yustos, 1997). Aún así, todavía en la década del 40, personas con limitada preparación académica fungían como maestros, algunos cuya educación no pasaba de octavo grado (Osuna, 1949).

En el 1901, los primeros maestros que entraron a la Normal tenían el equivalente de un séptimo grado y el currículo de su primer año era equivalente al de octavo grado (Osuna, 1949). Aún en la década del 20, la Universidad aceptaba a estudiantes con un noveno grado y en un año salían certificados como maestros de escuela rural. Este fue el caso de Doña Alicia, quien comenzó su carrera magisterial a los 16 años. Explica ella:

En 1920 yo estudiaba noveno grado. Para esa época para hacerse uno maestro rural, yo con noveno grado podía entrar a la Universidad pero para normalista tenía que coger el cuarto año... había que tener cuarto año. Pero con noveno grado se cogía el curso [de] un año en Universidad para enseñar en el campo. Había que coger agricultura, meterse uno allá detrás en la Universidad con pico y pala, hacer huertos....Apiñarte de agricultura....Había que dar la agricultura. Todas las escuelas [rurales] tenían que tener un huerto por ahí.

Sin embargo, el grueso de los maestros se certificaba por examen. Explica Osuna (1949) que el Departamento certificaba como maestros a personas que aprobaran un examen basado en el currículo de séptimo grado y de 4343 maestros certificados hasta el 1919, la Escuela Normal había certificado solamente a 1,465 de ellos. Los maestros certificados por examen generalmente trabajaban en las escuelas rurales ya que los requisitos para

maestros rurales siempre fueron menos exigentes que los requisitos para maestros urbanos.

Durante la primera mitad del siglo veinte, los maestros usualmente empezaban a trabajar en zonas rurales y al surgir plazas en las escuelas urbanas, los maestros rurales con la mejor preparación pasaban a ocuparlas. Explica Doña Elsa, “Mandaban a uno, cuando empezaba, a los campos más lejos.” Aludiendo al mismo tema, dice Doña Ana, “En esa época cuando uno se graduaba tenía que empezar en el campo porque tenían una lista en la oficina del superintendente y entonces el último que salía le tocaba lo peor, y por lo regular uno empezaba en el campo.”

Ser maestro rural era sumamente sacrificado. El mero hecho de llegar hasta las escuelas muchas veces era toda una odisea. Muchas de ellas quedaban distantes de las zonas urbanas y a menudo no había carreteras de acceso. Los maestros montaban horas a caballo para llegar hasta las escuelas y a menudo se hospedaban en el área. A veces pasaban semanas sin poder regresar a sus hogares. Relata Doña Elsa, “En aquella época no había carretera. No había carretera. Los campos eran miserables. La gente bien pobre.” Los maestros podían ser asignados a cualquier municipio. Explica Doña Alicia, “Había muchachas de aquí que se iban a trabajar hasta Corozal. Iban a Vieques... Había maestros que no venían a la casa na’ más que dos meses.” Ese fue su caso cuando, ya casada y residente de Carolina, fue asignada a una escuela en un barrio de Orocovis. Recuerda que tuvo mejor suerte con su primer nombramiento ya que se quedó en su propio pueblo. No obstante, tampoco fue fácil. Explica Doña Alicia, “Yo trabajaba en el campo y...venía semanal a casa.... Me iba los domingos y venía los viernes a caballo, a caballo... ¡Muchacha! Yo salía de aquí como a las 2:00 de la tarde. Yo llegaba allá oscureciendo.” La experiencia de la hermana de Don Álvaro fue parecida. En sus palabras:

La hermana mía que tenía normal cuando la nombraron, la nombraron en un barrio que se llama Piedra Azul en Yabucoa. Ahora hay una carretera. Ahora se puede ir en carro. En aquella época era a caballo y tenía que hospedarse en una casa allá... Y papá tuvo que comprarle un caballo.

Doña Elsa Díaz también fue maestra rural durante sus primeros años en el magisterio y narra los contratiempos y las inconveniencias de viajar a caballo y hospedarse. Relata Doña Elsa:

Yo enseñaba en un barrio de Las Piedras lo más lejano posible. Me quedaba allí un mes o quince días.... Ya en el segundo año...dejé de hospedarme en esa casa de campo porque allí tenía que levantarme a las cinco de la mañana. Ellos se levantaban bien temprano y como dormía en la

sala, pues tenía yo que levantarme y recoger la cama...dormía yo en una camita de esas de abrir y cerrar.

Los pagos de hospedaje y transportación eran gastos fijos que mermaban los escasos ingresos de los maestros rurales. De por sí, los sueldos de los maestros eran bajos. Esto se refleja en una expresión surgida en esos años, “Pobre como maestro de escuela” (Osuna, 1949). Pero, lo cierto es que existían diferentes escalas salariales y los maestros rurales ganaban menos que los urbanos. Los maestros rurales consideraban eso muy injusto, especialmente los que, como Doña Elsa, tenían una buena preparación académica. Asevera Doña Elsa:

Los maestros de los campos tenían la misma preparación que los del pueblo. Lo que había era injusticia en la paga...El maestro del campo trabajaba más que el del pueblo y tenía más gastos que el del pueblo porque el del pueblo vivía en su casa.

Durante la década del 30, para que les rindiera más su dinero, Doña Elsa y varias compañeras se las ingeniaron para ahorrar el costo de hospedarse. Convertieron un salón de clases en hospedaje y allí vivieron. Narra Doña Elsa cómo lo hicieron:

Me fui a vivir a una segunda unidad que quedaba cerca de mi escuela.... Un salón de clase se volvía hospedaje... Y todas nos poníamos a preparar la comida. Una hacía el arroz, otra...guisaba las habichuelas.... En las segundas unidades siempre había que tener un huerto y ahí había berenjenas, ahí había lechuga, ahí había repollo, ahí había tomates, pimientos, resbalosos—quimbobós, de esos. De todo había. Y preparábamos ensaladas.... Dormíamos todas en unas camitas individuales de esas plegadizas.... Habían preparado...cerca del huerto, por detrás de la escuela, una caseta. Una caseta de techo, sin paredes, y ahí poníamos la cocina de gas, una cocina de gas, y ahí era que cocinábamos.

En las décadas del 20 y el 30, Puerto Rico y el sistema de educación sufrieron grandes vicisitudes. Los niveles de pobreza, ya extremadamente bajos, aumentaron considerablemente como resultado de los efectos de la Gran Depresión y como consecuencia de tres huracanes que azotaron la isla en el corto lapso de cuatro años, San Felipe (1928), San Nicolás (1931), San Ciprián (1932). Estas tormentas destruyeron muchas escuelas rurales y urbanas (López Yustos, 1992) y arrasaron con la economía de base agrícola del país (Torres González, 2002). El aumento en la pobreza redundó en el empeoramiento de la calidad de vida y creó dificultades con los que tuvieron que lidiar los maestros entrevistados.

Los seis maestros entrevistados recuerdan que durante las primeras décadas del siglo veinte la mayoría de los estudiantes iban descalzos a la escuela. Era raro el estudiante que iba a la escuela calzando zapatos. Doña Alicia cuenta la siguiente anécdota de la década del 20:

Mira si era costumbre de los muchachos ir descalzos que había una niña, me recuerdo el nombre. Se llamaba Zoila. Eso era en Barrazas, el primer año allá.... Zoila iba con zapatos a la escuela mientras todos los demás descalzos. ¿Tú sabes lo que hacían? La corrían y le decían “La Enzapatá” porque tenía zapatos.

Doña Amelia y Doña Elsa describen la situación que imperaba cuando ellas eran maestras. Doña Amelia, quien trabajó en la escuela urbana de Aguas Buenas a principios de la década del 20, recuerda que ella y sus compañeras hacían actividades para recaudar fondos y ayudar a los niños más necesitados hasta donde les fuera posible. Expresó lo siguiente:

¡Ave María! ¡Muchachos descalzos en la escuela!...Teníamos que hacer cositas pa’...comprarle unos zapatos!.... En Caguas ya las cosas eran más distintas porque era una ciudad y había más, más trabajo. Pero en Aguas Buenas, esos muchachitos, algunos venían sin desayunarse a la escuela. Pero ya yo lo sabía y...traía un termo...de café.... Pues antes de salir [al recreo] yo cogía unos vasitos chiquitos y los que yo sabía que venían, pues yo le servía. “Fulano puedes irte.” Y él cogía su vasito y se iba aparte.

Continúa relatando Doña Amelia como ella y sus compañeras lidiaban con las situaciones:

Yo vendía unos, unos caramelitos que compraba y los vendía. Los ponía allí. “Bueno el que quiera comer, comprar dos de eso, me pone un centavo aquí.” “Mira esto va a esta alcancía. Esto es para la fiesta de Navidad.” Entonces de ese, cuando yo veía que el muchacho, “Ven acá, ¿tú te desayunaste?”....Nosotras como éramos un grupo mayor...hacíamos cositas, pa’ tener...de dónde sacar.

Recuerda Doña Elsa una situación parecida en la escuela rural del remoto barrio de Las Piedras donde ella trabajó a principios de la década del 30. Era una escuelita de un sólo salón y ella era la única maestra. Enseñaba los primeros tres grados en matrícula doble. Al ser la única maestra y estar ubicada en un campo donde imperaba la pobreza, era poco lo que ella podía hacer para aliviar el sufrimiento de sus alumnos. Relata ella.

Los muchachos del campo eran encantadores. ¡Bendito! Y mucha pobreza en ellos. Algunos venían sin tomar un buche de café. Y como en la escuela había un sólo salón no se daba almuerzo ni se daba nada... Los muchachitos iban descalzos y eran desnutridos. A mí me daba tanta pena con ellos, bendito, y yo no podía darles ni siquiera, hacer por ejemplo un refresco, cualquier cosa, un café o algo, mandarle hacer para darle a esos muchachitos, porque yo no tenía nada. Yo era pobre también.... Yo pasé hambre en esa época, en los primeros años de maestra.

Doña Elsa vivió en carne propia los estragos de los huracanes. San Ciprián se llevó la escuela donde trabajaba y esto la dejó en peligro de perder su empleo. Ella nos relata:

Un día llegó la tormenta San Ciprián... Hacía un mes que yo estaba en esa escuela y ya tenía todo preparadito y el salón limpiecito... Al otro día... no la encontramos. La tormenta se la había llevado... Yo bajé a Las Piedras... y fui donde Modestito Velásquez [el director escolar] y le dije, "Modestito, la tormenta se llevó la escuela." Y el me dijo, "Pues mira, *miss*, lo que tienes que hacer es conseguir una sala. Si tu quieres seguir trabajando, si tu quieres seguir trabajando y que esa escuela siga. Porque si no te quedas sin trabajo. Es conseguir una sala allí en el barrio cerca de donde estaba la escuela.... Esa sala el municipio la paga y tú sigues trabajando allí como puedas ganando tus chavitos."

Eso hizo Doña Elsa. Le alquiló la sala a una viuda que vivía en el vecindario y la habilitó.

Conseguí la sala.... Lo que me pudo conseguir el director escolar fueron seis bancos... Y se me quedaron con la salita los seis bancos.... Entonces el director escolar me consiguió un pedacito de pizarra que era como una yarda de largo.... Me lo clavaron aquí al frente y esa era la pizarra que yo tenía y esos seis bancos.

Por otro lado, recuerda Doña Ana que el currículo incluía aspectos de salud con el fin hacerle frente a la pobreza y mejorar la calidad de vida de los estudiantes. Recuerda una ocasión en que el tema de su clase era la higiene dental. Relata Doña Ana:

Yo les dije que me trajeran los cepillos de dientes que ellos usaban.... Mira, dos o tres eran los que [tenían]. Y yo les

decía, “¿Y con qué tú te limpias los dientes?” “Con una hoja de cadillo.” Cadillo es una planta que tiene unos pelitos.

Este dato curioso, al igual que las vivencias de los seis maestros retirados, nos retrata la realidad de la vida cotidiana hace apenas setenta años e ilustra cuánto ha cambiado la vida de este pueblo en tan corto tiempo. Ilustra también cómo los puertorriqueños utilizaban su ingenio para hacerle frente a las realidades de su época y salir hacia adelante con lo que tenían a mano.

La escasez de materiales y equipo fue uno de los grandes problemas que enfrentaron los maestros y al cual también hace alusión Doña Juanita Méndez en sus memorias (Ramírez, 2000). Por eso, a pesar de lo reducido de sus salarios, los maestros se veían obligados a invertir de sus ingresos en la compra de materiales. Además, recurrían a su creatividad y a la ayuda de sus familiares. En el 1937, cuando Doña Ana comenzó a trabajar, se encontró con un salón vacío. Ni siquiera había pupitres. Para poder recibir a los niños, su padre tuvo que habilitarle el salón. Relata ella: “Mi papá me tuvo que hacer los pupitres, mandármelos a hacer, un armario y una mesa.” Algo parecido le pasó a Doña Alicia. Cuando fue asignada a una escuela en Orocovis, también a finales de la década del 30, lo que encontró fueron mesas. En sus palabras, “[En] aquel campo de Orocovis, una casita con unas mesas...no había más que mesas...No había más que mesas allí.”

Doña Ana recuerda que tampoco le proveyeron libros y como toda buena maestra tuvo que ser creativa para compensar esas carencias. Dice ella, “Yo recuerdo que hacía, así como en manuscrito,... unas lecturas para... los muchachos y entonces les ponía cartulinas.” Y añade:

Bueno, el maestro siempre tiene que crear. El maestro que no es creativo, ¡yo no me explico! Porque tú te encuentras en una situación tan diferente y tantos niños, del campo, del pueblo, de los arrabales de por allí y todo eso que tú tienes, tú sabes, que a veces crear ciertas cosas para que se adapten a todo.

Doña Alicia también vivió la falta de materiales y hace eco del mismo sentir, “Siempre el maestro inventa.” Recuerda que en una ocasión, “Hice un cine, como un cine. Pero eso lo hice yo con unas láminas que...seguía dando vuelta así. Las láminas iban saliendo.” Al igual que Doña Ana, Doña Alicia recurrió a la creatividad cuando el Departamento no le suplió materiales ni adiestramientos. Cuando se enfrentó a un cambio de currículo y carecía de materiales, su hermano la ayudó. Ella recuerda, “To’ el mundo estaba perdido. Ni orientación ni materiales. Tú tenías que buscar los materiales y...yo me acuerdo que Fortunato mi hermano me hizo una poesía, bien, de sobre los recursos naturales y lo nombraba ahí todo, toda la introducción.”

Asimismo, Doña Amelia tuvo que ingeniárselas para poder compensar por la falta de libros y recuerda que su esposo la ayudaba con los materiales. “No había libros y teníamos que comprar cartulina pa’ nuestras palabras y cosas... Yo compraba la cartulina y él se la llevaba a su oficina. Me la partía... Entonces yo le daba y él me lo pasaba a maquinilla. Me ayudó mucho.”

Una cualidad que distingue a estos seis maestros, y también a Doña Juanita Méndez (Ramírez, 2000), es la dedicación que evidencian por sus estudiantes. Muchos de los estudiantes necesitaban ayuda individual y ellos gustosa y voluntariamente se la brindaban. Explica Doña Alicia, “Lo hacía uno porque el maestro tenía esa cosa de hacerlo. [Un compromiso] con uno... con uno mismo.” Siguiendo la misma línea de pensamiento, afirma Don Álvaro con orgullo:

Mirando al pasado, [a] nosotros se nos instruía que el maestro, para ser verdadero maestro, tenía que ayudar al estudiante. Y ayudar quería decir, que si usted se tenía que quedar por la tarde después del horario de clase para ayudar a algunos estudiantes que estaban atrasados, eso era parte.

Doña Alicia es quien más detalladamente narra cómo los maestros atendían a sus estudiantes con rezagos. Recuerda ella:

Ese niño uno lo cogía a la hora de recreo o por la tarde después que despachaba. Bueno en los campos no se podía hacer eso mucho porque tenían, iban lejos. Pero uno generalmente después en la hora de recreo los cogía.

Continúa relutando Doña Alicia, “Los maestros acostumbraban esos muchachos rezagados recogerlos ellos los sábados en el salón. Los depositaban todos los sábados y les daban sus clasicitas aparte.” También visitaban las casas de sus estudiantes y lo hacían de noche y a pie. Ella asevera, “El maestro tenía una obligación de ir por las casas, visitar las casas.... Se visitaba de noche. ¡Ver a uno con jacho de esos de noche andando por esos caminos visitando las casas!”

Doña Carla relata que en Manatí, donde ella trabajaba, también los maestros se esmeraban por el aprendizaje de sus estudiantes. Dice ella, “Era voluntario. Es más, había maestros que se llevaban estudiantes pa’ la casa para enseñarlos.” Doña Ana, sin embargo, atendía durante horas lectivas a sus estudiantes de primero grado. En palabras de la entrevistada, “Yo tenía que dar ayuda individual, había que dar. [Lo hacía] en el mismo grupo. Como ellos se portaban bien uno se ideaba. ‘Déjame poner este grupo, es más, es más adelantadito. Pueden trabajar solos.’” Lo hacía así porque no los podía

Don Álvaro dirigió la escuela durante 18 años y se siente sumamente satisfecho por sus logros durante ese tiempo. Atribuye el haber superado las adversidades que enfrentó a los principios que le inculcó su padre y a su fe religiosa. Lo expresa de la siguiente manera:

Papá siempre me dijo a mí, 'Usted no haga caso, no haga caso y siéntase orgulloso de su color. Y haga, haga usted, porque nadie lo va a hacer por usted, que su nombre sea respetado. Mi papá. Y yo seguí y seguí. Claro mi condición religiosa me llevaba siempre a poner las cosas en mano de Dios antes de actuar y eso me sirvió mucho.

Las maestras entrevistadas aseguran no haber visto prejuicio racial, pero afirman que no había muchas personas de color en sus escuelas ni en la Universidad. Doña Amelia atribuye esto a la situación económica de las familias negras. Ella respondió lo siguiente al preguntársele si presenció el rechazo a estudiantes negros, "No había. Al contrario, había veces que esos de color eran los más que sabían... Lo que pasa es que ellos mismos o bien por su, su estado económico se iban eliminando." Sin embargo, la existencia del racismo sale a relucir cuando ella cuenta una anécdota sobre el noviazgo de una de sus maestras y un hombre que se convertiría en una figura destacada en la vida pública de Puerto Rico. Narra Doña Amelia:

Como él era de color no se lo querían y donde se veían era cuando... despachaban los muchachos... Ella nos dejaba en economía doméstica que ella enseñaba.... para ella no estar sola.... Él venía de Río Piedras a verla y ahí hablaban.... [El era] de color pero muy inteligente. Fue abogado. Pero el papá de ella no lo quiso nunca, nunca, nunca. Pues él no visitó nunca la casa de ella. Se casaron fuera.

Doña Carla Núñez asegura no haber presenciado el racismo, aunque recuerda que habían "muchos menos" negros que blancos en la Universidad. De acuerdo a Doña Carla, todos se llevaban bien, "Todos éramos hermanos y nos queríamos mucho, negros y blancos." Alicia Vélez tampoco recuerda que hubiera prejuicio racial en la escuela. Indica ella, "No, no lo había. No recuerdo que lo hubiera. Había un muchacho en la escuela que le decían 'Muñeco.' Él se llamaba Ángel. Era prietito.... Ese muchacho era el más...querido del salón."

Uno de los aspectos que más sobresale en las vidas de estos seis educadores es lo importante que era para ellos su desarrollo profesional. Todos estaban empeñados en continuar educándose e invirtieron tiempo, grandes esfuerzos y sus escasos recursos económicos en ello. No era fácil viajar hasta Río Piedras en esa época y conllevaba para ellos gastos que difícilmente

reunir después de clases. Explica porqué:

Nunca lo hacía. Pero había muchos maestros que lo hacían, se quedaban, pero yo nunca lo hice.... los estudiantes... iban a sus casas en grupitos. Si yo dejaba un niño, pues ese nene tenía que ir solo. Y en esa época, tú sabes, los muchachos a veces que caminaban 15, 20 minutos de distancia. Iban para el campo.

El prejuicio racial fue un factor con el que lidiaron muchos puertorriqueños a lo largo de las primeras décadas del siglo veinte. Don Álvaro, a quien sus detractores describían como “negro y protestante,” explica cómo era la situación en su pueblo cuando él se criaba y cuando era maestro. También explica como él lidió con la realidad social de su época:

Buenos vamos a hablar de Yabucoa. Que por acá la cosa es distinta. Mi pueblo es un pueblo pequeño. Ahora no tan pequeño como cuando yo era muchacho. Pues habían unas claques, ¿vez? Habían los blancos, blancos...Habían los blancos aspirantes y habían los tiznaos que aspiraban a blancos también. Y los peores de ese grupo eran los tiznaos. Y entonces, veníamos los otros, que aunque fueran blancos pues no tenían dinero y dependían de su trabajo y de cosas que tampoco pertenecían a la claque. Y entonces estábamos los negros. Entre los negros, pues tenían que tomar en consideración los ingresos, la casa donde vivían. ¿Entiende? Fíjese que nosotros éramos seis. ¿Cómo acomodar seis en una casa? Y como papá era carpintero, la casa de nosotros era una casa grande.

Pero si bien en su niñez y juventud Don Álvaro no confrontó problemas raciales, sí los enfrentó y superó como adulto en el nivel profesional. Uno de sus momentos más difíciles fue su primer año como principal. Recuerda el maestro, “Pasé ese año bajo fuego.” La raíz del problema fueron celos profesionales debido a su rápido ascenso, pero sus detractores recurrieron al aspecto racial. Con miras a buscar una solución a la situación, el Secretario de Instrucción decidió nombrarlo a un pueblo donde hubiera menos discrimen. Sin embargo, la escuela era en un pueblo distante. Don Álvaro relata cómo el lidió con el asunto:

Yo le dije, “Nómbreme en Humacao que Mr. Calderón se va para Aguadilla.” Y me dijo, “Álvaro, si te nombro en Humacao va a seguir el problema.” Y yo le dije, “No. De mi parte no sigue. Y si sigue de mi parte, pues entonces bóteme, pero déme la oportunidad.” Me dijo, “Bueno. Está bien.”

podían hacer. No obstante, los seis maestros continuaron estudiando los fines de semana y los veranos. Hemos señalado que Doña Alicia, quien completó un curso de agricultura a los 16 años, logró hacer una maestría. Doña Elsa, graduada con normal, narra cómo terminó su bachillerato:

Estudiaba... los sábados y los veranos estudié. Así fue como yo terminé mi bachillerato. El último cheque, para poder venir en verano, el último cheque mío de maestra...yo lo guardaba para el verano. Porque con ese cheque yo pagaba... y alguna economiíta que tenía para la matrícula, y con eso pagaba el hospedaje. El último chequecito pagaba el hospedaje en Río Piedras y no me sobraba nada.

Al igual que Doña Elsa, Doña Amelia comenzó a trabajar al terminar el curso normal de dos años y también siguió estudiando. Explica ella, “Después estudié en verano, ¿ves? Porque yo quería estar con los cuatro años.” Doña Ana también terminó su bachillerato. Relata ella, “A mí me gustaba el inglés.... Entonces yo había cogido ya, también, algunos cursos en inglés, y me fui y en un semestre terminé el bachillerato en inglés.” Al año de ejercer como maestro, a Don Álvaro lo ascendieron a principal. Aunque tenía bachillerato, siguió estudiando hasta completar los requisitos para director y posteriormente hizo estudios de maestría en supervisión en la Universidad de Nueva York. Mientras ejercía como maestra de inglés en Manatí, Doña Carla Núñez fue nombrada principal y eso la motivó a seguir estudios en supervisión. Narra Doña Carla, “Me nombraron a mí sin yo tener ni siquiera...idea de supervisión ni nada. Entonces me metí yo a coger cursos de supervisión.”

Las historias de estos maestros reflejan sus valores, su tenacidad, su generosidad, y su amor hacia el magisterio. Baluartes de una generación que enfrentó adversidades con dignidad y ayudó a levantar a un pueblo, las maestras y el maestro que compartieron sus vidas y vivencias con nosotros son seres privilegiados. Miembros de un reducido grupo de puertorriqueños que tuvo el privilegio de educarse en momentos cuando pocos de sus semejantes podían leer y escribir, lo hicieron superando enormes obstáculos. Ejemplos de perseverancia y dedicación, sus vidas no fueron fáciles. Las dificultades que enfrentaron, los sacrificios que hicieron sus familias para que pudieran educarse y la miseria que vieron a su alrededor les enseñaron a valorar las oportunidades que les brindó la vida y aprovecharlas al máximo para luego dar de lo mejor de sí a su profesión y a su pueblo, dejando en ellos huellas indelebles.

De ellos aprendemos la importancia de rescatar y retomar los valores medulares que distinguían a nuestros antepasados, y que se han ido opacando con el materialismo desmedido que domina nuestra sociedad en la actualidad.

Nos enseñan a enseñar con el ejemplo, a ser modelos. Nos enseñan a dar desmedidamente y no escatimar en esfuerzos para que nuestros estudiantes aprendan. De estos maestros que nos precedieron aprendemos la importancia de enseñar a nuestros estudiantes a valorar la educación y a inculcarles el deseo de realizar su potencial a plenitud. De ellos aprendemos la importancia de la creatividad en el quehacer docente. Ellos nos enseñan la importancia del desarrollo profesional y del deseo de superación. Nos enseñan la importancia de trabajar unidos como comunidad para el beneficio de todos. Y nos enseñan que ser maestros es un privilegio del cual debemos sentirnos orgullosos, pero a la vez humildes. Doña Carla lo expresa con elocuencia y de corazón:

Yo me siento orgullosa de haber sido maestra y lo agradezco. Gocé siendo maestra. ¿Como uno no va gozar? Esos muchachos que uno los cogió unos adolescentes, hoy todos con trabajos y profesiones y todo y se acuerdan de uno. ¡Es algo ma-ra-vi-llo-so!

En el ocaso de sus vidas, al reflexionar sobre las vicisitudes confrontadas y superadas como educandos y como educadores, los seis maestros reconocen que las situaciones difíciles que vivieron los fortalecieron y los hicieron mejores seres humanos. Afirman el privilegio que para ellos fue ser maestros a pesar de los muchos retos que conllevó su profesión y expresan la satisfacción que sienten por haber sido agentes de cambio en las vidas de sus estudiantes. A través de sus narraciones nos legan sus luchas y sus triunfos. Aprendamos de ellos a ser mejores educadores y educadoras y a poner en perspectiva nuestro quehacer actual. Emulémosles al lidiar con los retos y transformaciones que encara nuestro sistema educativo en el presente. Aportemos nuestros mejores talentos al bienestar de la juventud puertorriqueña y al futuro de nuestra isla.

Referencias

- Bogdan, R.C. & Blikien, S.K. (1982). *Qualitative research for education: An introduction to theory and method*. Boston: Allyn & Bacon.
- Creswell, J.W. (2002). *Research design: Qualitative, quantitative and mixed methods approaches*. (2nd ed.). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Figueroa, L. (1977). *Breve historia de Puerto Rico: Desde el crepúsculo del dominio español hasta la antesala de la Ley Foraker*. San Juan, PR: Editorial Edil.
- Gómez Tejera, C. y Cruz López, D. (1970). *La escuela puertorriqueña*. Sharon, CT: Troutman Press.

- López Yustos, A. (1992). *Historia documental de la educación en Puerto Rico*. (Ed. Rev.) San Juan, PR: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Osuna, J.J. (1949). *A history of education in Puerto Rico*. Río Piedras, PR: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Pascual Morán, A., Yudkin Suliveres, A., Torres González, R. (2004). *Memorias que educan: Juana A. Méndez y José Ferrer-Canales hilvanado historias de nuestra escuela*. (Disponible en el Centro de Investigaciones Educativas, Facultad de Educación, Universidad de Puerto Rico, Apartado 23304, San Juan, PR 00931-3304).
- Ramírez, R.N. (2000). Dra. Juanita Méndez: Historia de vida de ancianidad exitosa y sabiduría. *Paidea puertorriqueña*, 2(1), 19-74.
- Torres González, R. (2002). *Idioma, bilingüismo y nacionalidad: La presencia del inglés en Puerto Rico*. Río Piedras, PR: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Yow, V.R. (1994). *Recording oral history*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Notas

¹Para facilitar la lectura, el uso del masculino tendrá un valor inclusivo y abarcará ambos géneros.

²Las autoras desean reconocer la aportación a este trabajo de los siguientes estudiantes graduados por su colaboración en la realización, transcripción y resumen de las entrevistas: India Bobonis, Marta Ramos, María Véaz, Rafael Miranda, María Arce y Louise Morell.

³Las autoras desean expresar su agradecimiento a estos seis maestros por compartir sus experiencias con todos nosos

⁴Se utilizaron seudónimos para proteger la privacidad de los maestros y sus familiares.